

INMEDIATEZ Y PERENNIDAD: LA DOBLE AUDIENCIA DE LA LITERATURA DE LA FUNDACION DE LA REPUBLICA*

Antonio Cornejo Polar

Entre la literatura colonial y la de los primeros años de la república existe una relación ambigua que tanto las enlaza cuanto las contraponen. Sin duda este doble modo de articulación tiene que ver con la índole restringida de la revolución emancipadora, que como se sabe fue mucho más política que socio-económica, pero ahora interesa examinar el asunto desde una perspectiva menos global; en concreto, solamente la que atañe al público¹ de la literatura de la fundación de la república,² tema que obliga a plantear, sin embargo, algunos puntos relativos al periodo anterior.

A este respecto conviene remarcar algo que —tal vez por obvio— suele olvidarse: el complejo espesor del proceso histórico de la literatura. Aludo a la simultaneidad de ejercicios literarios distintos y hasta contradictorios, a las relaciones muy fluidas que entablan entre sí y al ritmo desigual con que se desarrollan.³ Por esto, si se trata de fijar los límites de un período, nunca puede encontrarse un momento inaugural y otro de cierre, sino, más bien, franjas cronológicas de límites imprecisos dentro de las cuales se transforman esos sistemas literarios, algunos desaparecen paulatinamente mientras otros surgen a distintas velocidades y por último cambia lo que suele llamarse, algo paradójicamente, la estructura del proceso.

La decadencia del orden barroco

Cuando se quiebra políticamente el sistema colonial, la literatura hegemónica es la neoclásica. Portadora privilegiada del pensamiento ilustrado en todas sus variantes, desde la liberal hasta la autoritaria y conservadora, la literatura neoclásica

* Este artículo es un fragmento de una investigación en proceso destinada a elaborar la historia social de la literatura de la fundación de la república en el Perú.

1. Empleamos indistintamente público, audiencia, recepción. Todos estos términos aluden a la imagen del “lector virtual” que formula el propio texto, al margen de los lectores reales que pudiera haber tenido.
2. Este periodo corresponde al que Jorge Basadre denomina de la “determinación de la nacionalidad”: *Historia de la República del Perú*, Lima, Universitaria, 1970, tm. I.
3. Cf. mi artículo: “La literatura peruana: totalidad contradictoria”, en: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, IX, 18, Lima, julio-diciembre 1983.

sica había desplazado ya al barroco hacia una posición definitivamente subordinada. Así se observa con nitidez, para emplear un solo ejemplo, en el proceso de la oratoria sagrada. En efecto, como lo ha señalado Macera, la polémica entre los oradores barrocos y los “modernistas” —ilustrados y neoclásicos a su manera— ocupa un buen sector del siglo XVIII, pero el triunfo de los segundos puede fecharse tempranamente en 1758, cuando el jesuita Juan Sánchez pronuncia el sermón de la misa de acción de gracias con que se celebró la reconstrucción del hospital de San Lázaro y demuestra las virtudes de la nueva retórica.⁴ Naturalmente el barroco no desaparece de inmediato, ni mucho menos, pero pierde su posición de dominio y pasa a ser una manifestación recesiva y decadente. La cronología puede variar en otros géneros, pero el sentido del proceso es siempre el mismo.

Por consiguiente, al declararse la independencia, el desarrollo de la literatura tenía, a trazos gruesos, esta estructura: la literatura vinculada a la ilustración dominaba el sistema “culto” y el barroco —antes hegemónico— sobrevivía como tendencia subordinada. A partir de entonces el barroco acelera su caída y casi sólo persiste en un género menor, la loa cortesana, que tiene ocasión de manifestarse en la recepción de los libertadores, San Martín y Bolívar, como poco antes lo había hecho en circunstancias similares con motivo de la asunción al poder de los últimos virreyes. Este barroquismo supérstite carece en absoluto de creatividad, como lo demuestra la grotesca similitud de los versos con que Felipe Lledías alaba indistintamente a unos y otros, concretamente a Pezuela y San Martín,⁵ o como se desprende del hecho de que la mejor obra del género, la admirable arenga con que José Domingo Choquehuanca recibió a Bolívar en Pucará, el 2 de agosto de 1825, esté situada fuera de ese orden literario.⁶ Unos veinte años después, algunos componentes del barroco apenas se conservan, burdamente cosificados, en las leyendas cultistas, en latín casi siempre, que ornaban los túmulos en las honras fúnebres de personajes ilustres. De ello tenemos una divertida versión en “Las exequias” (del mariscal Gamarra, el 4 de febrero de 1842) de Manuel Asencio Segura.⁷

El apogeo de la Ilustración: continuidad y cambio

Por razones obvias, la independencia estimuló decisivamente toda la producción intelectual ilustrada y por consiguiente el neoclasicismo afirmó su preeminencia en el campo literario. No se trata, sin embargo, de una simple continuación exacerbada de la ilustración colonial y de la literatura que le corresponde, aun-

4. Pablo Macera: “Lenguaje y modernismo peruano del siglo XVIII”, recopilado en *Trabajos de historia*, Lima, INC, 1977, tm. II.
5. Cf. *La poesía de la Emancipación*, recopilación y prólogo de Aurelio Miro Quesada, Lima, Colección Documental de la Independencia del Perú, 1971.
6. Cf.: José Ratto-Ciarlo: *Choquehuanca y la contrarrevolución*, Caracas, Comité Ejecutivo del Bicentenario de Simón Bolívar, 1980.
7. *Artículos, poesías y comedias*, Lima, Carlos Prince, 1885.

que a veces sean los mismos autores los que la producen antes y después de 1821 y pese a que el repertorio formal sea prácticamente igual en uno y otro periodo.⁸ La modificación más importante —no la única— se sitúa en un punto fundamental: en la distinta inserción social, en la colonia y en la república, del discurso ilustrado. Este cambio puede examinarse en varias instancias del proceso de producción de la literatura neoclásica, pero se ve con mayor claridad en el tipo de relaciones que establece con su audiencia.

Refiriéndose al periodo de la independencia, Macera ha enfatizado la importancia del surgimiento de la “opinión pública”: el periodismo —señala— la supone y al mismo tiempo la constituye.⁹ La verdad es que la “opinión pública”, como instancia colectiva capaz de producir ciertos cambios concretos en la vida social, determina no sólo la producción periodística de la época sino casi todos los géneros que se cultivan en ese momento. Está vigente en la prosa de reflexión y en las canciones cívicas, en el teatro y la oratoria castrense, constitucional o parlamentaria, en los artículos y cuadros de costumbres y hasta en la correspondencia que, pese a su privacidad, parece estar a la espera de muchos lectores.

Pero también aquí hay que reconocer que el límite entre los periodos es difuso. De hecho, para seguir con el mismo ejemplo, los oradores “modernistas” habían dado un paso decisivo en la constitución de la “opinión pública” al redefinir las funciones de la prédica religiosa, cuestionando el carácter ornamental e impositivo de la oratoria barroca y propiciando un estilo si se quiere evangelizador que pudiera mover los ánimos por medio del convencimiento. Por supuesto, la oratoria barroca, aun la más ligada a la corte, también suponía un público, que podía ser masivo, pero frente a él la palabra era sobre todo parte del espectáculo del poder y su función consistía en reafirmarlo y exaltarlo con el deslumbramiento casi tautológico de su grandeza. Para los “modernistas” se trata de llegar con sencillez a la conciencia de los fieles y de producir una convicción al menos en parte racional, con lo que cambia sustancialmente la imagen que el orador tiene de su audiencia: por así decirlo, se pasa del deber de ser obedientes al derecho de ser convencidos.

Es imposible no destacar la importancia de este desplazamiento, pero evidentemente él no basta para establecer la vigencia de una “opinión pública” auténtica. El contexto en que se realiza recorta las posibilidades del nuevo tipo de relación entre emisor, discurso y receptor y las proyecta predominantemente sobre el ámbito de las conciencias individuales y de las acciones privadas. En efecto, como queda dicho, el desarrollo de la “opinión pública” requiere un cierto grado de coherencia social y una capacidad de acción colectiva suficientemen-

8. Sobre la contradicción de la poesía de la emancipación que plasma con formas tradicionales un nuevo repertorio temático-referencia, cf. mi artículo: “Sobre la literatura de la emancipación en el Perú”, en: *Revista Iberoamericana*, XLVII, 114-115, Pittsburgh, enero-junio 1981. Recopilado en: *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*, Caracas, UCV, 1982.

9. Pablo Macera: “El periodismo en la Independencia”, recopilado en *Trabajos de historia*, op. cit.

te libre y eficaz como para producir determinadas modificaciones en la dinámica de la sociedad. Por esto es que sólo con la independencia, y conforme quedaba constituido un espacio de libertad, esas condiciones comenzaron a adquirir consistencia. La historia política de los primeros años de la república demuestra que esta nueva fuerza social, pese a sus carencias y restricciones, ganó muy pronto vigor y efectividad.¹⁰ Después de todo es un movimiento de “opinión pública” el que derroca y expulsa al ministro Monteagudo.¹¹

A partir de entonces la “opinión pública” se convierte en el receptor privilegiado de toda la producción intelectual, incluyendo, en primera línea, la producción literaria. Así será por varias décadas, al menos hasta que ciertos sectores del romanticismo pongan énfasis en la autonomía estética de la literatura o la vinculen primordialmente con la subjetividad ensimismada del escritor.¹² Por supuesto, esta relación con la “opinión pública” no deja nunca de ser conflictiva, o al menos ambigua, especialmente cuando se yuxtaponen dos imágenes: la de la soberanía del pueblo y la de la vanguardia intelectual como fuerza civilizadora de ese pueblo. En el Perú esta contradicción no adquirió el dramatismo que tuvo, por ejemplo, en Argentina, y tal vez por esto no produjo obras de la magnitud de *Facundo*,¹³ pero no por ello dejó de marcar con fuerza la producción intelectual de la época.

En el discurso ideológico de entonces, aun en sus vertientes más autoritarias, “la voluntad general de los pueblos” aparecía como la razón final de la independencia y como su justificación irrefutable. Sobre este supuesto se construía el democratismo republicano, decidido a situar en “el pueblo”, que ciertamente era una categoría mucho más abstracta que real, la titularidad de la soberanía nacional. Siguiendo esta línea de pensamiento podía generarse la ficción de un discurso ilustrado que no fuera más que la expresión de las ideas, los deseos o los intereses “populares”. El artificio de esta ficción determina el carácter excepcional de las obras literarias que la asumen como perspectiva principal, y el escaso mérito de las mismas, pero en todo caso representan uno de los puntos extremos de la contradicción referida antes.

En este orden de cosas tal vez el ejemplo más ilustrativo sea un poema que corría en hojas sueltas en 1822 y cuyos autores, que consignan sólo las iniciales de sus nombres, explícitamente afirman escribir “por [en nombre de] el pueblo

10. Desde muy pronto se intentó recortar la libertad de prensa. Cf.: Jorge Basadre: *Historia*. . . op. cit, tms. I y II.

11. Cf. “Prospecto” de *La Abeja Republicana* (ed. facsimilar, con prólogo y notas de Alberto Tauro, Lima, Copé, 1971). También: Manuel de Odrizola: *Documentos históricos del Perú*, Lima, Imprenta del Estado, 1873, tm. V.

12. Cf.: Alejandro Losada: *La literatura en la sociedad de América Latina. Perú y el Río de la Plata: 1837-1880*, Frankfurt, Verlag Klaus Dieter Vervuert, 1983.

13. Jorge Basadre llamó la atención sobre la abismal diferencia entre las obras creadas por Sarmiento y Pardo y Aliaga durante su exilio en Chile: *La iniciación de la República*, Lima, Rosay, 1930, tm. II.

peruano". La simple lectura del texto, que se titula "Contestación de los hijos del Sol a la sombra de Atahualpa", demuestra la artificiosidad de un discurso que se supone emitido por el pueblo indígena,¹⁴ artificiosidad que linda lo grotesco cuando en otro texto versificado, que parece corresponder a la misma serie, Huáscar confiesa que "la pluma se me escapa de los dedos" al conocer la derrota del incario.¹⁵ Sin duda esta perspectiva de producción literaria estaba objetivamente condenada al fracaso.¹⁶

En el otro extremo está la muy nutrida literatura que asume sin mayor conflicto su condición de discurso ilustrado, hecho por una elite culta y destinado a cumplir tareas civilizatorias con respecto a una masa popular ingenua, engañada, inexperta o ignorante. Esta literatura realiza con entusiasmo su carácter transitivo y servicial, como empresa pedagógica responsable de la construcción de una sociedad civilizada, libre y feliz. Obviamente el espíritu docente de esta literatura ilustrada presupone una relación jerárquica entre el productor y su audiencia: aquél es parte de una vanguardia esclarecida por la ciencia y por los ideales de la modernidad, mientras que ésta es una colectividad necesitada de consejo y guía para encaminarse, venciendo al oscurantismo, por la senda del Progreso. Por esto el principio de la soberanía popular tenía que mediatizarse: siguiendo el orden natural de las cosas, y bajo el aliento de la educación, "la voluntad general de los pueblos" tendría que coincidir con los ideales de la ilustración.

En gran parte la literatura de la época es un vasto esfuerzo por hacer real esta concordancia teórica o por explicar los inevitables desencuentros. En algunas ocasiones el sesgo autoritario del pensamiento ilustrado no será más que el resultado de la reiterada y trágica constatación de que el sujeto natural de la soberanía, el pueblo, no estaba preparado para ejercerla libremente, al menos desde la perspectiva y los intereses de alguno de los sectores dominantes.¹⁷ Tal fue el argumento de fondo del monarquismo sanmartiniano, ardorosamente defendido en el seno de la Sociedad Patriótica por el clérigo José Ignacio Merino, en polémica con los liberales que, en esa coyuntura, lograron imponer sus ideas.¹⁸ Unos y otros apelaban a la "opinión pública", por supuesto.

Indudablemente la línea autoritaria del pensamiento ilustrado posterior a 1821 es la que se liga más fuertemente con el pensamiento ilustrado colonial, pero sería equivocado suponer que esos vínculos, aunque menos vigorosos, desapa-

14. *La poesía de la Emancipación*, op. cit.

15. *Ibidem*.

16. Sin embargo, es interesante la veta indigenista que comienza a desarrollarse en este tipo de poesía.

17. En algunos casos, como los de Riva Agüero y Torre Tagle, ese desengaño condujo a la traición.

18. Cf.: Jorge Basadre: *Perú: problema y posibilidad*, Lima, Banco Internacional, 1978. Esta segunda ed. reproduce facsimilamente la primera y añade "Algunas reconsideraciones 47 años después". Parte de la polémica se puede seguir en *La Abeja Republicana*, op. cit.

recen en la vertiente liberal.¹⁹ La verdad es que si se quiere definir la novedad de la ilustración republicana habría que subrayar, por una parte, el repertorio ideológico propiamente independista, pero, por otra, y tal vez sobre todo, habría que insistir en el carácter decisivo de la aparición de la “opinión pública” como audiencia inmediata del discurso ilustrado.

Las urgencias del día

La declaración de la independencia supuso una cierta definición nacional, pero al mismo tiempo implicó la apertura de un vasto espacio problemático. En él se mezclaban situaciones de hecho, sobre las que había que decidir casi en el día, con otras que apuntaban hacia el futuro de la nueva patria, según las distintas alternativas ideológicas puestas en juego, pero que también requerían definiciones inmediatas y urgentes. Para mencionar sólo las más dramáticas: ¿sería posible preservar la independencia?, ¿se optaría por el sistema monárquico?, ¿se instauraría más bien un orden republicano?, ¿una república federal o unitaria?, ¿autoritaria y presidencialista o liberal y parlamentaria? Y aun más: ¿la identidad del Perú sería la que hoy conocemos?, ¿formaría parte de la Federación de los Andes?, ¿se integraría al Alto Perú en una confederación?, ¿o solamente el sur se anexaría a Bolivia?²⁰ Sin duda, vivir entonces era decidir día a día el futuro nacional y tratar de construirlo con instrumentos que muchas veces no significaban más que la voluntad, el deseo o el sueño (pero también, claro está, los intereses) de unos pocos.

La literatura de la fundación de la república se inscribe de lleno en esta problemática. Como es obvio, la resolución de tales interrogantes —y de muchas otras— requería un cierto consenso ciudadano y ese consenso tenía que ser conseguido por muchos medios, pero sobre todo a través del discurso político-ideológico. En otras palabras: debía contarse, sea cual fuera la alternativa escogida, con un respaldo de la “opinión pública”. Por consiguiente, si el receptor privilegiado de la literatura de la época es, como se ha dicho, la “opinión pública” y si frente a ella se despliega el dramatismo de problemas que urgen definiciones inmediatas, entonces se impone a esa literatura una funcionalidad primaria, muy directa, que a veces se agota en el debate cotidiano. Es en este sentido una literatura hecha por y para las urgencias del día, inclusive cuando lo que está en discusión pueda proyectarse hacia el futuro de la nacionalidad.²¹

Por supuesto, la inmediatez de la apelación a la “opinión pública” es más clara y constante en unos géneros que en otros, pero es difícil encontrar uno solo que de alguna manera no esté señalado por este rasgo. En los más comprometidos con esta perspectiva es notable el esfuerzo por ampliar el ámbito de la recep-

19. Un análisis de las corrientes ideológicas de la época en: Jorge Basadre: *La promesa de la vida peruana*, Lima, Mejía Baca, 1958.

20. Cf. los libros ya citados de Basadre. También: Alberto Tauro: *Perú: Epoca Republicana*, Lima, Peisa, 1973, tm. I.

21. La tensión entre hoy y el futuro es una constante de la literatura de la época.

ción y por facilitar toda la dinámica comunicativa. A este respecto es fundamental tanto la preferencia por el periodismo (es decir, por los géneros que pueden emplear este medio), cuanto la muy firme apertura hacia la oralidad o —si se quiere— la oralización. Así se hace evidente en el teatro o las canciones, y por supuesto en la oratoria, pero también en todos los textos transmitidos vía el periodismo y las hojas sueltas. Hay que recordar a este respecto que, como lo señala Jorge Basadre, la lectura en voz alta para grupos más o menos nutridos, presumiblemente compuestos en buena parte por analfabetos, era una costumbre corriente en la época.²² Esta conversión de la comunicación escrita en comunicación oral condiciona directa o indirectamente la composición global del texto y del sistema literario al que pertenece. El énfasis oratorio que impregna el lenguaje de la prosa de reflexión transmitida por medio del periodismo podría ser, entre otros, un buen ejemplo de esta dinámica oralizadora.²³

La imagen del futuro

Como se ha visto, la literatura de los primeros años de la república estaba comprometida con los problemas del día, pero éstos —a su vez— tenían casi siempre una proyección sobre el futuro. Empleando la conocida frase de Basadre, entonces se formula la “promesa de la vida peruana”; esto es, un elenco de valores que la sociedad nacional deberá alcanzar en un proceso histórico que el pensamiento ilustrado no podía dejar de interpretar como la realización paulatina del Progreso.

Esta convicción ilustrada tiene ciertos rasgos peculiares en Hispanoamérica, especialmente en el Perú, relacionados con el carácter del proceso independentista. En efecto, aunque la revolución emancipadora integra el ciclo de las revoluciones burguesas,²⁴ aquí no se trata, como en Europa o Estados Unidos, de la culminación política del fortalecimiento económico-social de esa clase, sino, más bien, de la construcción de un sistema político que debería permitir el desarrollo de una burguesía incipiente y malformada.²⁵ En gran medida la imagen del futuro se encarna en un desarrollo de este tipo.²⁶

La producción ideológica de la época está marcada por esta situación conflictiva. Es necesario comprender, en este orden de cosas, que las imágenes ideológicas del futuro, sobre todo pero no únicamente las de índole liberal, surgen más de la asimilación de un sistema ideológico internacionalizado que de la propia realidad del país. El liberalismo tenía explícitamente el rango —y hasta el prestigio— de una ideología importada de la ejemplar Europa moderna, la que había vencido al gran enemigo del Progreso, el oscurantismo, pero ese mismo ori-

22. Jorge Basadre: *Historia*. . . , op. cit. tm. II.

23. Rara vez, sin embargo, la oralización promueve el empleo de un lenguaje coloquial.

24. Cf.: E.J. Hobsbawm: *Las revoluciones burguesas*, México, Quinto Sol, s/f.

25. Cf.: Julio Cotler: *Clases, estado y nación en el Perú*, Lima IEP, 1978. Heraclio Bonilla et. al: *La independencia en el Perú*, Lima, IEP, 1972.

26. Lo que no implica, por cierto, que fuera posible ese desarrollo.

gen ilustre la hacia inconsistente. En otros términos: es una ideología que no brota orgánicamente del cuerpo social, pero que éste, por un acto de voluntad, la asume como propia.²⁷ Los desencuentros y malentendidos son, dentro de este contexto, inevitables.

La literatura que proyecta sus significados hacia el futuro tiene estas mismas características, pero por el estatuto específico de su discurso tiende a disolver las contradicciones reales en el marco de la utopía. Expresión de un deseo, esta literatura forja imágenes que responden fundamentalmente al aprendizaje de ciertos modelos conceptuales que no tienen casi raíces reales en el ámbito de la nación y que por eso mismo suponen la actuación de una cierta fantasía más o menos socializada. En este sentido no sería exagerado afirmar que la gran literatura del liberalismo (aunque no sólo de él) estuvo integrada por la prosa reflexiva de sus ideólogos, por los discursos parlamentarios de sus políticos y —tal vez— por los textos constitucionales que tuvieron ese signo. Alrededor de este intertexto giran muchas otras obras, de distintos géneros, pero en todas subyace ese componente utópico. Si el término de comparación es la literatura argentina, y concretamente la literatura que Rojas llamó de “los proscritos”, habría que señalar que allá, en el Río de la Plata, el futuro fue encarado mediante la construcción de proyectos históricos, en algunos casos definidos minuciosamente, mientras que aquí, en el Perú, lo fue a través de la utopía. Y esa utopía, como se ha visto, tenía sus fuentes en el aprendizaje de los principios de una ideología lejana.

La otra audiencia

Correlativamente a esta proyección sobre el futuro y a su plasmación imaginaria, como utopía, la literatura de la fundación de la república apela a otro lector: ya no el que integra la contemporaneidad de la “opinión pública” y cuya acción inmediata se estimula, sino el muy lejano habitante de una “posteridad” (signo típico del léxico de entonces) a cuyo juicio se remite, con insistencia y confianza casi inexplicables, la aprobación y hasta la celebración de las acciones del día. Es fácil ironizar comparando la imperfección de la obra efectivamente realizada por los hombres de la época con el temple de un lenguaje que autoasume su trascendencia histórica, pero sería injusto no reconocer que, pese a todo, ellos fundaron la república y se situaron en un punto que clausuraba un periodo ominoso de trescientos años y abría otro cuyo destino, como se ha dicho, quedaba imaginado en términos de continuo perfeccionamiento.

Esta segunda audiencia supone, entonces, un cambio en el eje temporal: del presente al futuro, pero también implica una modificación de imágenes y funciones: de la “opinión pública” actuante aquí y ahora se pasa a la configu-

27. Este problema, interpretado en relación al vínculo entre base y superestructura, ha sido estudiado por José Carlos Chiaramonte en: “El problema del tipo histórico de sociedad: crítica de sus supuestos”. Sus tesis son cuestionadas por Ciro F.S. Cardoso, en: “Los modos de producción coloniales”. Ambos textos han sido recogidos en: Varios: *Modos de producción en América Latina*, Lima, Delva, 1976.

ración de una suerte de consenso universal que convalida inapelablemente las acciones y los pensamientos de quien lo erige como juez supremo de la historia. Por supuesto, se trata de la revitalización del viejo tópico de la fama, del que asume buena parte de sus estereotipos, pero interesa especialmente destacar que en este caso prima un sentido legitimatorio, casi como si los debates contemporáneos fueran a encontrar su definición más valedera en el futuro. Esto se observa cuando el referente es colectivo o está centrado en la figura de alguno de los grandes héroes de la independencia, pero se percibe aún con mayor nitidez cuando la misma apelación alude a personajes secundarios o se refiere a acciones menos importantes. En este orden de cosas, la proliferación de las memorias, o textos de índole similar, es la mejor prueba de esa necesidad de ampararse en el “juicio de la historia”.

Hay innumerables textos que expresan este recurso al porvenir y las variantes del tema son muy nutridas. Interesa remarcar, sin embargo, dos aspectos fundamentales. Uno es la absoluta confianza en el futuro: “No cuentan por la edad, no hallen guarismos / vive al tiempo, a los siglos, a la fama / vive a la eternidad”, proclama una loa fechada en el mismo año de 1821.²⁸ El otro tiene que ver con la universalidad de esta segunda audiencia. En la misma loa se afirma que “el orbe aplaude, atiende, mira, aclama” el heroísmo de los fundadores de la patria,²⁹ que es lo que había adelantado Monteagudo en su *Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII*: “el espectáculo de la felicidad [del pueblo peruano luego de obtenida su independencia] será envidiable en el universo entero”³⁰

Este diálogo con la posteridad y con la humanidad toda no puede explicarse más que como producto de la conciencia de un grupo social que se autoafirma como realizador de ciertos valores profusamente internacionalizados. En el fondo, la emancipación parecía trascender los límites de la patria, e inclusive de Hispanoamérica, para plantearse como parte de una vasta tarea internacional (que la ideología la frasea como universalidad y humanidad íntegra) destinada a cumplir el destino histórico de la modernidad. La independencia y la soberanía popular, de una parte, y el cultivo de la razón y la ciencia, por otra, tenían que interpretarse en relación con todo el mundo moderno y en ese sentido como plasmaciones históricas de un ideal ampliamente extendido al menos desde la Revolución Francesa. En nuestra América hubo quienes consideraron que se habían echado las bases para superar inclusive a Europa, pero aun cuando este entusiasmo fuera pasajero, y a la larga frustrante, lo cierto es que entonces existió una conciencia cuyo signo era la internacionalización. Sólo más tarde quedará claro que esos valores, que eran los de la burguesía triunfante en los países centrales, no se había

28. Manuel de Santiago Concha: *Loa en celebridad de la jura de la Independencia*, en: *El teatro en la Independencia*, prólogo, edición y notas de Guillermo Ugarte Chamorro, Lima, Colección Documental de la Independencia del Perú, 1974, Vol. II.

29. *Ibidem*.

30. José Bernardo Monteagudo: *Diálogo de Atahualpa y Fernando VII en los campos elípticos*, en: *El teatro de la Independencia*, op. cit. Vol. I.

realizado suficientemente y que las bases históricas allá y aquí no eran las mismas: objetivamente esa opción estaba condenada al fracaso.³¹

Entre la inmediatez y la perennidad

No es posible entender el proceso de una literatura sin atender a las distintas instancias de sus modos de producción, incluyendo por cierto la de su recepción virtual. No hay duda de que según se configure ésta, con todas sus alternativas y variantes, las obras y los sistemas literarios adquirirán una especificidad histórica

concreta. En los años de la fundación de la república es notable la bimetración de la audiencia entre un polo que se instala en la actualidad más inmediata del país, constituyendo la “opinión pública”, y el otro que se desplaza hacia el futuro y se expande hasta cubrir el universo y la humanidad, bajo la reiterada imagen de una “posteridad” legitimadora del proceso histórico que parece comenzar en 1821.

Cada una de estas audiencias genera un orden de condicionamientos que afecta a todo el proceso de producción de la literatura, pero en su práctica misma lo normal es que ambas se entrelacen inclusive dentro de un solo texto, con lo que se produce una tensión muy aguda. Tal vez sean estas tensiones las que mejor definan el quehacer literario de la época. En todo caso reproducen y esclarecen fielmente el doble ritmo de un tiempo que está hecho de acciones y de utopías, de urgencias cotidianas —y hasta menudas— y de expectativas de grandeza que sólo pueden instalarse en el porvenir. Naturalmente el análisis de la recepción, esquematizado en las páginas anteriores, apenas ilumina un sector de la literatura peruana de la fundación de la república, pero marca un derrotero para comprender mejor la matriz de la producción literaria del Perú independiente.

31. El mejor análisis de las causas de este fracaso sigue siendo el de José Carlos Mariátegui: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Amauta, 1928.